

mos bajo otro aspecto; el peligro de las instituciones es ménos grande cuando aquéllas son atacadas directamente por las pasiones brutales y ciegas, que cuando la refinada malicia las conduce á un estado lamentable; en el primer caso, el arma es la espada y el áriete, porque el enemigo se sirve de todo medio para destruir; y más fácil es resistir y vencer al adversario que se presenta noblemente en campo descubierto, que no al insidioso que sólo se sirve de la estrategia y la emboscada. La Religion ha sido atacada de todos modos; mas los enemigos han venido unos de frente, otros por los lados, y otros, más alévosos aún, por la espalda; aquéllos eran los gentiles, que decian al cristiano: «Ó creer en mis dioses, ó morir en mis tormentos.» Éstos los herejes, que sin querer destruir la Religion, la pretendian subyugar á sus ideas privadas, quitando de ella los dogmas que más les repugnaban. Estotros son los racionalistas, que, armados de puñal y de veneno, armas innobles y traidoras, quisieran arrojarle alevosamente sobre la Religion y darla muerte, para poder decir á los mortales en seguida: «Mirad cuánta es la fuerza de la razon; ya no hay Religion sobre la tierra, la hemos destruído y aniquilado.»

Tambien las glorias de María han sido atacadas de este modo; la habeis visto, sin embargo, salir con victoria de los embates de la barbarie, y lo mismo la vereis triunfar de la herejía insidiosa y del racionalismo aleve y perverso. ¡Cosa singular! No parece sino que los herejes se prestaron á hacer en el teatro de la Religion el papel del contraste, para que aquella saliese más gloriosa y esplendente; por más que la viesan invulnerable, nunca dejaron de arrojarla saetas; por más que la viesan rodeada de luz, nunca se cansaron de presentarse junto á Ella con mil vértigos de tinieblas y de error. Esto se ve en las prerogativas de María atacadas por los herejes. Os pido amigablemente nueva atencion.

Toda la excelencia de esta criatura está cifrada en ser Madre de Dios, y al mismo tiempo Vírgen incorrupta. Si quitais á María estas dos prerogativas, bien podeis borrar las palabras de su Cántico, pues por más santa que sea, podrá ser conocida de algunos cuantos hombres, mas no será bendecida por todas las generaciones. Ved, pues, que allá en Occidente se levantan unos hombres que afirman que María no es vírgen incorrupta; ved cómo más tarde otro hereje, resucitando errores antiguos, pretende que María no es Madre de Dios; aquéllos eran Cerinto y Carpócrates, y éste Nestorio; al oír á aquellos hombres, nada pretendian contra el Cristianismo, y sólo deseaban abolir un punto que les parecia erróneo. ¡Ah! ¡Cuántos daños han causado á la Iglesia estos espíritus depravados! ¡Cuántas han sido las almas que han desertado por este medio del camino de la verdad! Pero demos gloria á Dios: al mismo tiempo otras muchas han sido confirmadas más y más en las creencias, y los dogmas han brillado como el refulgente meteoro que en noche serena aparece en el horizonte y recorre el cielo.

¿Ha habido mayor día de gloria para María que aquel en que el discípulo amado, despues de haber explicado la generacion eterna del Verbo, su consubstancialidad con el Padre, su sabiduría y su poder, concluye diciendo que este mismo Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? Por más que en lo sucesivo blasfeme Apolinar, Elvidio y los demás enemigos de María, ¿podrán algo contra el monumento de verdad que la ha erigido el discípulo amado en sola la primera página del Evangelio? ¿Qué emperador ó general victorioso podrá gloriarse de haber obtenido unos dias de triunfo más gloriosos que aquellos en que Constantinopla y Éfeso se vieron asediados por muchos millares de almas que vinieron de toda el Asia, y áun del Occidente, al saber que un hereje atrevido tuviera la osadía de decir que María no era Madre

de Dios? Miéntras los Obispos fulminan el anatema, un pueblo sin número está esperando en silencio, y lleno de consternacion aguarda con ánsia la hora en que se publique la sentencia. Ya sonó: un Prelado sale á las puertas del templo; toda el Asia pende de sus lábios; dos palabras tiene que decir: «¡María, exclama, es Madre de Dios! ¡Anatema á Nestorio!» Y apénas las ha pronunciado, retumban los espacios con el ruido de los vivas, que crecen cada vez más, como las aguas de un rio caudaloso que se despeñan de altas y encrespadas rocas. ¡Ah! Y ¿quién podrá decir el triunfo de María en la capital del imperio de Oriente cuando fuera anatematizado el patriarca impío, cuando la dignidad de María fuera declarada en el segundo Concilio general de aquella ciudad? ¿Quién podrá contar lo que pasó en Constantinopla? Sale su imágen sobre los hombros de los Pontífices y sacerdotes; la rodean y preceden las tropas del imperio; entónanse himnos melodiosos y cánticos sagrados; elévanse en los aires cien y cien incensarios con perfumes exquisitos, y en medio de un pueblo inmenso se pasea por las plazas y calles la imágen de María, cantando todos unánimes la piadosa oracion que acababa de componer el gran Cirilo de Alejandría: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» Bien en vano el iconoclasta impío rompe las estátuas de la Vírgen, porque esto sólo sirve para encender más y más en los pechos el amor á María; bien en vano el protestantismo intenta condenar como idólatra al culto de María, pues entónces es precisamente cuando se instituyen más fiestas á María; entónces es cuando irrevocablemente se asientan y declaran todos los dogmas de la Religion en Trento; entónces es cuando se abren nuevas regiones en que María es venerada con amor y entusiasmo. Bien en vano el racionalista ha pretendido despojar á la Religion de sus encantos, á los tem-

plos de sus riquezas, á María de los dones que la han hecho sus hijos, que yo les repetiré siempre lo que un escritor nada sospechoso para la impiedad decia no há mucho tiempo á unos libertinos rapaces: «¡Insensatos! ¿Está la creencia en esas bellísimas pinturas que habeis sacado de los templos? ¿Está la fé en esos bajo-relieves que vuestro martillo destructor ha pulverizado? Élla está en los corazones, donde no podeis apagarla; en las almas, á donde no llega vuestra mano rapaz; en las conciencias, en donde la Religion os condena; en el universo, en que habla á todos los hombres; en el cielo, donde os juzgará. ¡Destruyeteis imbeciles; gritásteis victoria! ¿Dónde está vuestra victoria? Los templos de María ya no son ricos, pero son sagrados, siempre sagrados; están desnudos de alhajas, pero siempre llenos de devotos; ha desaparecido la rica pompa, mas ha quedado siempre el culto; ya no nos podemos postrar sobre el precioso mármol, pero lloraremos en el duro suelo.» Si; cuando el racionalismo filosófico ha aparecido destruyendo el culto de María y saqueando sus imágenes, la fé de sus hijos ha crecido más y más; ántes casi todos los meses tenian alguna fiesta de María, en que los católicos la alababan particularmente; ahora, no contentos con esto, la dedican un mes entero, el mes de Mayo, que ya no se conoce en Europa sino por *El Mes de María*. Y cuidado, amados míos, que esta devocion nació en Italia y se introdujo en Francia poco ántes que subiera al cadalso el justo Luis XVI, es decir, cuando el racionalismo empezaba á cantar victoria.

Hemos recorrido los siglos, y hemos visto cumplida en todas las generaciones la profecía de María, pues todas la han llamado dichosa y bienaventurada. Pero nuestras observaciones no serian completas si pasásemos por los acontecimientos con rapidez; retrocedamos, pues, y con vuelo rápido atravesemos todas las épocas nuevamente.

Ya cuando María entonára su cántico existia una cor-

poracion religiosa, que entre los hijos de Israel floreciera en santidad desde que Elías y Eliseo la fundáran en el Carmelo y en Bethel. Cuál fuese el motivo por que estos Profetas fundáran casas de religion, no lo ignora quien recorra la historia de la defeccion de las diez tribus: el pueblo habia abrazado la idolatría, y no quiso Elías que se concluyese en su pátria el verdadero culto del Señor. En tiempo del Bautista aún existian estos hombres escogidos, que seguian las máximas de los Profetas, y esperaban al Mesías con fé viva. ¿Cuál era el símbolo especial de aquel cuerpo religioso? ¡Ah! Elías viera desde la cima del Carmelo este símbolo sagrado: aquella nubecita que no era mayor que una huella humana, era la figura de María, que humilde en su aparicion, se extenderia con grandeza y gloria por toda la tierra.

Bien puede, pues, esta vírgen desafiar á todos los enemigos de sus glorias desde la casa de su prima Isabel; bien puede cantar que la han de aclamar feliz todas las generaciones; porque en aquel mismo Carmelo donde Elías viera su tipo, han de entonar sus hijos himnos de alabanzas al Señor; allí han de echar de nuevo los cimientos de aquella Congregacion destinada á cantar dia y noche las glorias de María. Se trastornarán los imperios; el mahometismo asolará el Oriente y la Palestina; el desorden se apoderará de todos los pueblos, pero entre tanto no faltará quien entone cada dia cánticos de bendicion á María; los hijos del Carmelo son los primeros ascetas que hay en la Iglesia primitiva; ellos edifican un templo humilde en el sagrado monte, y allí se dedican al ayuno, á la penitencia, á la oracion, á la salmodia y á las alabanzas de María. Si quereis ver quiénes son estos hombres ejemplares, mirad siglo por siglo los Santos y los Doctores que salen del seno de esa familia de María. Si quereis ver lo que hacen para propagar las glorias de María, leed la historia de los Albertos, la de los Simones Stok,

y os admirareis al ver que el Oriente en los primeros siglos, el Occidente en la Edad Media, debe á los hijos del Carmelo el gran incremento de devocion de los pueblos para con María.

Hasta ahora la profecía de María ha sido infalible; todos los siglos, todas las generaciones, todos los pueblos la han venerado y alabado. ¿Podrá desmentirse en el porvenir? ¡Ah! Preguntadlo á la incomparable Teresa de Jesus; ella os dirá que gastó toda su vida en dar un nuevo realce á los hijos del Carmelo para que reflorecesse esta congregacion con el fervor de la primitiva Iglesia y se perpetuase en ella el culto de María hasta la consumacion de los siglos; preguntadlo á los fieles, y todos os dirán que no han recibido de sus padres otra herencia más querida que la devocion á María. Sí; el Carmelo resplandecerá siempre con brillantes luces de santidad y virtud, que estarán cimentadas en la devocion á María, y aunque la persecucion del racionalismo en los últimos dias sea tan terrible que cual huracan subterráneo sacuda los cimientos de ese monte y lo derribe, ahí quedará la Iglesia toda, siempre triunfante y lozana, siempre llena del verdor de la fé, y no se pasará un solo dia, ni una sola hora, ni un solo instante, en que no diga á María: «Dios te salve, Estrella del mar, Santa Madre de Dios, Vírgen incorrupta, Puerta del cielo. ¡Dios te salve!»

Voy á concluir, aunque á pesar mio, pues mi alma goza de las delicias del cielo cuando estoy hablando de María. Mas ántes de descender de este lugar sagrado, voy á emitir la razon fundamental por qué María ha de ser aclamada por todas las generaciones. ¿Por qué? Porque desde el principio del mundo hasta la consumacion ninguno se ha salvado ni se salvará que no deba este beneficio á María; si ha tenido la humanidad un mediador, lo debe á María; si la sangre del cordero nos ha lavado, lo debemos á María; si las puertas del cielo se han abier-

to, lo debemos á María. Así, miéntras dure la Iglesia de Dios, no se cantará un solo himno al Redentor sin que haya una estrofa para María.

Razon tuviste, pues, para cantar tus glorias, ¡oh Virgen sagrada! Razon tuviste para decir á tu prima Isabel que todas las generaciones te llamarían dichosa. «Eres Tú, te diré con el devoto San Ildefonso, eres la dichosa entre las mujeres, la Virgen incorrupta, la Señora entre las siervas, la Reina entre las hermanas. Desde que has consentido en ser Madre de Dios, te llamarán feliz todas las generaciones, bienaventurada todas las virtudes celestiales, bienaventurada todos los Profetas, bienaventurada todos los pueblos. Nosotros tambien te aclamaremos y vitorearemos para siempre. Bendita eres Tú, ¡oh Madre amantísima! Bendita para nuestra alma, bendita para nuestra fé, bendita para nuestro amor, bendita en nuestras predicaciones.» ¡Ah! En cambio de lo mucho que os amamos, concedednos una gracia: levantad aún esa planta generosa y esforzada; estrellad con ella esas herejías modernas, que se han revestido del racionalismo como de una púrpura, proclamando su imperio en la tierra; salvad la navicilla de Pedro, tan violentamente atacada por los hombres perversos que han alzado contra Dios el pendon de la rebelion y se proclaman emancipados del suave yugo de la ley divina; inflama más y más los corazones de tus hijos en las llamas del amor de tu amado Jesus, para que, reconocidos á los beneficios que nos ha hecho, lo bendigamos y alabemos en todas nuestras obras, y palabras, y pensamientos, en esta vida y en la otra, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE LA MERCED,

REDENCION DE CAUTIVOS.

PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

*Magna et mirabilia sunt opera tua Domine
Deus omnipotens.*

Grandes y admirables son tus obras, ¡oh
Señor Dios Omnipotente!

(APOCALIP., cap. xv, vers. 3.)

Tienen las obras humanas la fatalidad de ser desiguales en su aparicion y en su ocaso; semejantes á los rios caudalosos nacidos entre breñas oscuras, son diminutas é imperceptibles cuando principian, y luégo que han adquirido grandes incrementos, ó bien entran en el gran abismo de los tiempos que todo lo degradan y confunden, ó bien, como el castillo antiguo y deshabitado, se caen y desmoronan por sí mismas. Si examinamos las grandezas mundanas, veremos que todos los palacios grandiosamente esculpidos y dorados tienen su cimiento enterrado entre sombras; si fijamos la vista en los mayores imperios, nos admiraremos al ver cubiertos de púrpura y de brocado á muchos cuyos ascendientes arrastráran algun dia la cadena, ó mancháran el tejido de su vida con crímenes de gran tamaño. Roma y su imperio son la prueba irrefragable de la triste oriundez de las obras del hombre, y sin ir á siglos remotos, el nuestro nos ha mostrado el cuadro de algunos hombres que han mandado á pueblos enteros en su edad viril, habiendo nacido en cunas innobles, y pasado su infancia sin tener